guiese con repetidos clamores, melancólica ya de tan prolija navegacion, y mas discursiva en la aprehension de los riesgos. Pero Juan de Grijalva, hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor, convocó á los pilotos y á los capitanes para que se discurriese en lo que se debia obrar, segun el estado en que se hallaban. Consideróse en esta junta la dificultad de pasar adelante, y la incertidumbre de la vuelta: que una de las naves venia maltratada, y necesitaba de repararse: que los bastimentos empezaban á padecer corrupcion: que la gente venia desabrida y fatigada: y que el intento de poblar tenia contra sí la instruccion de Diego Velazquez, y la poca seguridad de poderlo conseguir sin el socorro que habian pedido: y últimamente se resolvió, sin controversia, que se tomase la vuelta de Cuba, para rehacerse de los medios con que se debia emprender tercera vez aquella grande faccion que dejaban imperfecta. Ejecutóse luego esta resolucion, y volviendo las naves á desandar los rumbos que habian traido, y á reconocer otros parages de la misma costa con poca detencion y alguna utilidad en los rescates, arribaron últimamente al puerto de Santiago de Cuba en quince de noviembre de mil y quinientos y diez y ocho.

Consulta Grijalva á los capitanes y pilotos.

Motivos de la retirada.

Habia llegado pocos dias ántes al mismo puerto Pedro de Alvarado, y fué muy bien recibido del gobernador Diego Velazquez, que celebró con increible alborozo la noticia de aquellas grandes tierras que se habian descubierto; y sobre todo los quince mil pesos de oro, que apoyaban su relacion, sin necesitar de su encarecimiento.

Llega Pedro de Alvarado á la isla de Cuba.

Miraba el gobernador aquellas riquezas, y no acertando á creer á sus ojos, volvia á socorrerse de los oidos, preguntando segunda y tercera vez á Pedro de Alvarado lo que le habia referido, y hallando novedad en lo mismo que acababa de oir, como el músico que se deleita en las cláusulas repetidas. No tardó mucho este alborozo en descubrir sus quilates, mezclándose con el desabrimiento; porque luego empezó á sentir con impaciencia que Juan de Grijalva no hubiese fundado alguna poblacion en aquellas tierras donde le hicieron buena acogida: y aunque Pedro de Alvarado intentaba disculparle, fué de los que sintieron que se debia poblar en el rio de Banderas; y siempre se dice flojamente lo que se procura esforzar contra el propio dictámen. Acusábale Diego Velazquez de poco resuelto, y enojándose con su eleccion, confesaba la culpa de haberle enviado, proponiendo encargar aquella faccion á persona de mayor actividad; sin reparar en el desaire de su pariente, á quien debia aquella misma felicidad que ponderaba; pero lo primero que hace la fortuna en los ambiciosos

Celebra sus noticias y rescates Diego Velazquez.

Siente despues que no se detuviese á poblar Juan de Grijalva.

Discúlpale con flojedad Pedro de Alvarado.

La felicidad turba la razon.

es cautivar la razon para que no se ponga de parte del agradecimiento. Ya nada le hacia fuerza sino el conseguir aprisa y á cualquiera costa toda la prosperidad que se prometia de aquel descubrimiento, elevando á grandes cosas la imaginacion, y llegando con las esperanzas adonde ántes no llegaba con los deseos.

Trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion y sonido á la empresa. Comunicó su resolucion á los religiosos de San Gerónimo, que residian en la isla de Santo Domingo, con palabras que se inclinaban mas á pedir aprobacion que licencia; y envió persona á la corte con larga relacion y encarecidas señas de lo descubierto, y un memorial en que no iban oscurecidos de mal ponderados sus servicios: por cuya recompensa pedia algunas mercedes, y el título de adelantado de las tierras que conquistase.

Trata de hacer nueva entrada.

Envia noticia de este descubrimiento á la corte.

Ya tenia comprados algunos bajeles, y empezado el apresto de nueva armada, cuando llegó Juan de Grijalva, y le halló tan irritado, como pudiera esperarle agradecido. Reprendióle con aspereza y publicidad; y él desayudaba con su modestia sus disculpas, aunque le puso delante de los ojos su misma instruccion, en que le ordenaba que no se detuviese á poblar; pero estaba ya tan fuera de los términos razonables con la novedad de sus pensamientos, que confesaba la órden, y trataba como delito la obediencia.

Recibe con desabrimiento á Grijalva.

CAPITULO IX.

Dificultades que se ofrecieron en la eleccion de cabo para la nueva armada: y quien era Hernan Cortés, que últimamente la llevó á su cargo.

Pero conociendo entónces Diego Velazquez cuanto importa la celeridad en las resoluciones, y que, si se deja perder el tiempo, suele desazonarse la ocasion, ordenó luego que se diese carena á los cuatro bajeles que sirvieron en la jornada de Grijalva, con los cuales, y con los que se habian comprado, se juntaron diez de ochenta hasta cien toneladas: y caminando al mismo paso en el cuidado de armarlos, pertrecharlos y bastecerlos, se halló brevemente indeciso y receloso en la dificultad de nombrar cabo que los gobernase. Era su intento buscar persona tan resuelta, que supiese desembarazarse de las dificultades, y tomar partido con los accidentes; pero tan apagada, que no supiese dar unos zelos, ni tener otra ambicion que de la gloria agena: lo cual,

Disposiciones de Diego Velazquez para la nueva entrada.

Hallase dudoso en la eleccion del cabo.

en su modo de discurrir, era lo mismo que buscar un hombre de mucho corazon y de poco espíritu; pero no siendo fáciles de juntar estos estremos, tardó la resolucion algunos dias. La gente se inclinaba á Juan de Grijalva; y la voz comun suele hacer justicia en sus elecciones: porque le asistian sus buenas partes, lo que habia trabajado en aquel descubrimiento, y la noticia con que se hallaba de la navegacion y de la tierra.

Inclinase la gente á Juan de Grijalva.

Salieron á la pretension Antonio y Bernardino Velazquez, parientes mas cercanos del gobernador, Baltasar Bermudez, Vasco Porcallo y otros caballeros que habia en aquella isla, capaces de aspirar á mayores empleos: y cada uno discurria en este como si estuviera sola su razon: que ordinariamente quien dilata la provision de los cargos, convida pretendientes, y parece que trata de atesorar quejosos.

Varios pretendientes del cargo.

Dañosa la dilacion en la provision de los cargos.

Pero Diego Velazquez duraba en su irresolucion, hallando en unos que temer, y en otros que desear; hasta que aconsejándose con Amador de Lariz, contador del rey, y con Andres de Duero, su secretario, que eran toda su confianza, y conocian su condicion, le propusieron á Hernan Cortés, grande amigo de los dos, alabándole con moderacion, por no hacer sospechoso el consejo: y dando á entender que hablaban por el acierto de la eleccion, mas que por la conveniencia de su amigo. Fué bien oida la proposicion, y ellos se contentaron con verle inclinado, dándole tiempo para que lo meditase, y volviese persuadido á la plática, ó mejor dispuesto para dejarse persuadir.

Aconséjase con Amador de Lariz, y Andres de Duero.

Proponen la persona de Hernan Cortés.

Pero ántes que pasemos adelante, será bien que digamos quién era Hernan Cortés, y por cuántos rodeos vino á ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino. Llamamos destino, hablando cristianamente, aquella soberana y altísima disposicion de la primera causa, que deja obrar á las segundas como dependientes suyas, y medianeras de la naturaleza, en órden á que suceda con la eleccion del hombre lo que permite ó lo que ordena Dios. Nació en Medellin, villa de Estremadura, hijo de Martin Cortés de Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no solo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra: y sus padres le encaminaron á la de Italia, que entónces era la de mas

Quien era Cortés.

Significacion de la palabra destino.

Su patria y nobleza.

Su inclinacion á la guerra.

pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitan; pero al tiempo de embarcarse, le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias: de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento, aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias, que como entónces duraba su conquista, se apetecian con el valor, mas que con la codicia. Ejecutó su pasage con gusto de sus padres el año de mil quinientos y cuatro, y llevó cartas de recomendacion para don Nicolas de Obando, comendador mayor de la órden de Alcántara, que era su deudo, y gobernaba en esta sazon la isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella, y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion; porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entónces las armas en las manos: y haciendo este viaje con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso; y tardó poco mas en darse á conocer su entendimiento: porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes.

Determina pasar á las Indias.

Va recomendado al comendador mayor D. Nicolas de Obando.

Hace pretension de pasar á la isla de Cuba.

Acreditase de valeroso en la guerra de aquella isla.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su propio natural, que le hacian amable; porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos, sin buscar agradecidos. Casó en aquella isla con doña Catalina Suarez Pacheco, doncella noble y recatada; sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velazquez, y le tuvo preso, hasta que ajustado el casamiento, fué su padrino, y quedaron tan amigos que se trataban con familiaridad; y le dió brevemente repartimiento de Indios, y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago: ocupacion que servian entónces las personas de mas cuenta, y que solia andar entre los conquistadores mas calificados.

Sus prendas personales.

Su primer casamiento.

Què cabida tuvo con Diego Velazquez.

En este parage se hallaba Hernan Cortés cuando Amador de Lariz y Andres de Duero le propusieron para la conquista de Nueva España; y fué con tanta destreza, que cuando volvieron á verse con Diego Ve-

Resuelve Diego Velazquez encargarle su empresa.

lazquez, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le hallaron declarado por Hernan Cortés, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada; y trataron solo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la conveniencia de que se hiciese luego el nombramiento, para desarmar de una vez á los pretendientes: y no se descuidó Andres de Duero en pasar, por diligencia de su profesion, la brevedad del despacho, cuya sustancia fué: « Que Diego Velazquez, como gobernador de la « isla de Cuba, y promovedor de los descubrimientos de Yucatan « y Nueva España, nombraba á Hernan Cortés por capitan general « de la armada, y tierras descubiertas, y que se descubriesen, » con todas aquellas estensiones de jurisdiccion y cláusulas honoríficas que la amistad del secretario puede ingerir como primores de la formalidad.

Dale su nombramiento de general para la nueva entrada.

CAPITULO X.

Tratan los émulos de Cortés vivamente de descomponerle con Diego Velazquez: no lo consiguen, y sale con la armada del puerto de Santiago.

Aceptó Cortés el nuevo cargo con todo rendimiento y estimacion, agradeciendo entónces la confianza que se hacia de su persona con las mismas veras que sintió despues la desconfianza. Publicóse la resolucion, y fué bien recibida entre los que deseaban el acierto; pero murmurada de los que deseaban el cargo: entre los cuales sacaron la cara con mayor osadía los parientes de Diego Velazquez, que hicieron grandes esfuerzos para desconfiarle de Hernan Cortés. Decíanle: « Que fiaba mucho de un hom« bre poco arraigado en su obligacion: que si volvia los ojos á « su modo de obrar y discurrir, le hallaria de ánimo poco seguro, « porque no solian andar juntas su intencion y sus palabras: que « su agrado y liberalidad tenian mucho de astucia, y le hacian sos« pechoso á los que no se gobiernan por las apariencias de la virtud; « porque cuidaba demasiadamente de ganar voluntades, y los ami« gos, cuando son muchos, suelen abultar como parciales: que se « acordase de que le tuvo preso y disgustado, y que pocas veces « salen buenos los confidentes que se hacen de los quejosos; por« que en las heridas del ánimo quedan cicatrices como en las demas, « y suelen estas acordar la ofensa, cuando se mira como posible la « venganza. » A que añadian otras razones de mas ruido que sustancia, sin acertar con el camino de la sinceridad; porque querian parecer zelosos, para disimular que lo estaban.

Acepta Hernan Cortés el nuevo cargo.

Procuran desacreditarle sus émulos.

Cuentan que saliendo un dia á pasearse Diego Velazquez con Hernan Cortés y con sus parientes y amigos, le dijo un loco gracioso, de cuyos delirios gustaba: « Buena « la has hecho, amigo Diego, presto será menester « otra armada para salir á caza de Cortés. » Y hay quien lo refiera como vaticinio, ponderando lo que suelen acertar los locos, y la impresion que hizo esta profecía, así se resuelven á llamarla, en el ánimo de Diego Velazquez. Dejemos á los filósofos el discurrir sobre si cabe el acierto de las cosas futuras entre los errores de la imaginacion; ó si es posible á la destemplanza del juicio el encontrar con la adivinacion: que ellos gastarán el ingenio en fingir habilidades á la melancolía; y nosotros creeremos que lo dijo el loco, porque le impusieron en ello los émulos de Cortés, y que andaba pobre de medios la malicia, cuando se llegaba á socorrer de la locura.

Gracia de un loco en descrédito de Cortés.

Vaticinio despreciable de la locura.

Pero Diego Velazquez mantuvo á rostro firme su resolucion, y Hernan Cortés trató de ganar el tiempo en sus prevenciones. Fué la primera arbolar su estandarte, poniendo en él por empresa la señal de la cruz, con una letra latina, cuya version era: *Sigamos la cruz, que en esta señal venceremos.* Dejóse ver con galas de soldado, que parecian bien en su talle, y venian mejor á su inclinacion. Empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos, en comprar vituallas, y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada; cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir: en que fué menester poca diligencia, porque el ruido de las cajas tenia sus ecos en el nombre de la empresa, y en la fama del capitan. Alistáronse en pocos dias trecientos soldados, y entre ellos sentaron plaza Diego de Ordaz, criado principal del gobernador, Francisco de Morla, Bernal Diaz del Castillo escritor de nuestra historia, y otros hidalgos que se irán nombrando en su lugar.

Trata de sus prevenciones Hernan Cortés.

Socórrenle los amigos para el gasto de la empresa.

Alístanse trecientos soldados.

Llegó el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente con bando público que se embarcase: lo cual se ejecutó de dia, concurriendo todo el pueblo: y aquella misma noche fué Hernan Cortés, acompañado de sus amigos, á la casa del gobernador, donde se despidieron los dos, dándose los brazos y las manos con amigable sinceridad; y la mañana siguiente le acompañó Diego Velazquez hasta la marina, y asistió á la embarcacion. Circunstancias menores que hacen poco en la narracion, y se pudieran omitir, si no fueran necesarias para borrar la temprana ingratitud con que manchan á Cortés los que dicen que salió del puerto alzado con la armada. Así lo refieren Antonio de Herrera, y todos los que le trasladan, afir-

Embárcase la gente.

Despídese Hernan Cortés de Diego Velazquez.

Refútanse los autores que dicen que salió de Cuba con siniestra intencion.

mando, con poca razon, que en el medio silencio de la noche convocó á los soldados por sus casas, y se embarcó furtivamente con ellos: y que saliendo al amanecer Diego Velazquez en seguimiento de esta novedad, se acercó á él en un barco guarnecido de gente armada, y le dió á entender con despego y libertad su inobediencia. Nosotros seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que dice lo que vió, y lo mas semejante á la verdad: pues no cabe en humano discurso, que un hombre tan avisado como Hernan Cortés, cuando tuviera entónces esta resolucion, se adelantase á desconfiar descubiertamente á Diego Velazquez hasta salir de su jurisdiccion, pues habia de tocar con la armada en otros lugares de la misma isla para recoger los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos: ni cuando dieramos en su entendimiento y sagacidad esta inadvertencia, parece creible que en un lugar de tan corta poblacion como era entónces la villa de Santiago se pudiesen embarcar trecientos hombres llamados de noche por sus casas, y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que le avisase de aquella novedad, ó despertasen los que observaban sus acciones al ruido de tanta conmocion: admirable silencio en los unos, y estraordinario descuido en los otros. No negaremos que Hernan Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velazquez; pero fué despues, y con la causa que veremos.

Inconsecuencia de esta desconfianza.

CAPITULO XI.

Pasa Cortés con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente. Consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligencias para detenerle.

Parte la armada, y toca en la villa de la Trinidad.

Partió la armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de noviembre del año de mil quinientos y diez y ocho: y costeando la isla por la banda del norte hácia el oriente, llegó en pocos dias á la villa de la Trinidad, donde tenia Cortés algunos amigos, que le hicieron grata acogida. Publicó luego su jornada, y se ofrecieron á seguirle en ella Juan de Escalante, Pedro Sanchez Farfan, Gonzalo Mejía y otras personas principales de aquella poblacion. Llegaron poco despues en su seguimiento Pedro de Alvarado y Alfonso Dávila, que fueron capitanes en la entrada de Juan de Grijalva, y cuatro hermanos de Pedro de Alvarado, que se llamaban Gonzalo, Jorge, Gomez y Juan de Alvarado. Pasó la noticia á la villa de Santi Spíritus, que estaba

Gente que se alistó en esta villa.

poco distante de la Trinidad, y de ella vinieron con el mismo intento de seguir á Cortés Alonso Hernandez Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rángel, Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador, y otras personas de calidad, cuyos nombres tendrán mejor lugar, cuando se refieran sus hazañas. Con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntaron de ambas poblaciones, iba tomando considerable cuerpo la armada: y al mismo tiempo se compraban bastimentos, municiones, armas y algunos caballos, ayudando todos á Cortés con su caudal y con sus diligencias, porque sabia grangear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior, sin dejar de ser compañero.

Nueva recluta de la villa de Santi Spíritus.

Pero apénas volvió las espaldas al puerto de Santiago, cuando sus émulos empezaron á levantar la voz contra él, hablando ya en su inobediencia con aquel atrevimiento cobarde que suele facilitar los cargos del ausente. Oyólos Diego Velazquez, y aunque fué con desagrado, reconocieron en su ánimo una seguridad inclinada al recelo, y fácil de llevar hácia la desconfianza; para cuyo fin se ayudaron de un viejo, que llamaban Juan Millan, hombre que, sin dejar de ser ignorante, profesaba la astrología: loco de otro género, y locura de otra especie. Este, inducido de los demas, le dijo con grandes prevenciones del secreto algunas palabras misteriosas de la incierta seguridad de aquella armada, dándole á entender que hablaban en su lengua las estrellas: y aunque Diego Velazquez tenia entendimiento para conocer la vanidad de estos pronósticos, pudo tanto el hablarle á propósito de lo que temia, que el despreciar al astrólogo fué principio de creer á los demas.

Vuelven los émulos de Cortés á desacreditarle en la isla de Cuba.

Válense de un astrólogo para poner en cuidado á Diego Velazquez.

De tan débiles principios como estos nació la primera resolucion que tomó Diego Velazquez de romper con Hernan Cortés, quitándole el gobierno de la armada. Despachó luego dos correos á la villa de la Trinidad con cartas para todos sus confidentes, y una órden espresa para que Francisco Verdugo, su cuñado, que entónces era su alcalde mayor en aquella villa, le desposeyese judicialmente de la capitanía general, suponiendo que ya estaba revocado el título con que la servia, y nombrada persona en su lugar. Llegó brevemente á noticia de Cortés este contratiempo, y sin rendir el ánimo á la dificultad del remedio, se dejó ver de sus amigos y soldados, para saber cómo tomaban el agravio de su capitan, y conocer si podia fiarse de su razon en el juicio que hacian de ella los demas. Hallólos á todos, no solo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Y aunque Diego de Ordaz

Entra en desconfianza Diego Velazquez.

Despacha diferentes órdenes contra Hernan Cortés.

Procura remediarlo Cortés.

Sienten su agravio los soldados.

y Juan Velazquez de Leon estuvieron algo remisos, como mas dependientes del gobernador, se redujeron fácilmente á lo que no pudieran resistir : con cuya seguridad pasó despues á verse con el alcalde mayor, sabiendo ya lo que llevaba en su queja. Ponderóle cuanto aventuraba en ponerse de parte de aquella sinrazon, disgustando á tanta gente principal como le seguia, y cuanto se podia temer la irritacion de los soldados, cuya voluntad habia grangeado para servir mejor con ellos á Diego Velazquez, y le embarazaba ya para poder obedecerle : hablando en uno y otro con un género de resolucion, que sin dejar de ser modestia, estaba léjos de parecer humildad, ó falta de espíritu. Conoció Francisco Verdugo la razon que le asistia; y poco inclinado, por su misma generosidad, á ser instrumento de semejante violencia, le ofreció, no solamente suspender la órden, sino replicar á ella, y escribir á Diego Velazquez para que desistiese de aquella resolucion, que ya no era practicable por el disgusto de los soldados, ni se podria ejecutar sin graves inconvenientes. Ofrecieron lo mismo Diego de Ordaz, y los demas que tenian con él alguna autoridad : cuyo medio se ejecutó luego; y Hernan Cortés le escribió tambien, doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin ponderar su desaire, ni olvidar el rendimiento, como quien se hallaba obligado á quejarse, y deseaba no tener razon de parecer quejoso, ni ponerse en términos de agraviado.

Oye su queja Francisco Verdugo.

Francisco Verdugo replica á la órden de Diego Velazquez.

CAPITULO XII.

Pasa Hernan Cortés desde la Trinidad á la Habana, donde consigue el último refuerzo de la armada, y padece segunda persecucion de Diego Velazquez.

Hecha esta diligencia, que pareció entonces bastante, para sosegar el ánimo de Diego Velazquez, trató Hernan Cortés de proseguir su navegacion; y enviando por tierra á Pedro de Alvarado con parte de los soldados para que cuidase de conducir los caballos, y hacer alguna gente en las estancias del camino, partió con la armada al puerto de la Habana, último parage de aquella isla, por donde empieza lo mas occidental de ella á dejarse ver del setentrion. Salieron los navíos de la Trinidad con viento favorable; pero sobreviniendo la noche, se desviaron de la capitana donde iba Cortés, sin observar como debian su derrota, ni echarle ménos, hasta que la luz del dia les puso á la vista el error de sus pilotos : y empeñados ya en proseguirle, continuaron su viaje, y llegaron al puerto,

Parte Hernan Cortés al puerto de la Habana.

Peligra la capitana de Hernan Cortés.

Prosiguen su navegacion los demas bajeles.

donde saltó la gente en tierra. Hospedóla con agasajo y liberalidad Pedro de Barba, que á la sazon era gobernador de la Habana por Diego Velazquez: y andaban todos pesarosos de no haber esperado á su capitan, ó vuelto en su demanda, sin pasar entónces con el discurso á mas que prevenir sus disculpas para cuando llegase.

Pero viendo que tardaba mas de lo que parecia posible, sin haberle sucedido algun fracaso, empezaron á inquietarse, divididos en varias opiniones : porque unos clamaban que volviesen dos ó tres bajeles á buscarle por las islas de aquella vecindad; otros proponian que se nombrase gobernador en su ausencia; y algunos tenian por intempestiva ó sospechosa esta proposicion; y como no habia quien mandase, resolvian todos, y ninguno ejecutaba. El que mas insistia en la opinion de que se nombrase gobernador era Diego de Ordaz, que como primero en la confianza de Diego Velazquez, queria preferir á todos, y hallarse con el ínterin, para estar mas cerca de la propiedad. Pero despues de siete dias que duraron estas diferencias llegó á salvamento Hernan Cortés con su capitana.

Varias opiniones sobre la falta de Cortés.

Diego de Ordaz pretende el gobierno en el interin.

Fué la causa de su detencion, que aquella noche, navegando la armada sobre unos bajos que estan entre el puerto de la Trinidad y el cabo de San Anton, poco distantes de la isla de Pinos, tocó en ellos la capitana, como navío de mayor porte, y quedó encallada en la arena de suerte que estuvo á pique de zozobrar : accidente de gran cuidado, en que se empezó á descubrir y acreditar el espíritu y la actividad de Cortés; porque animando á todos á vista del peligro supo templar la diligencia con el sosiego, y obrar lo que convenia, sin detenerse ni apresurarse. Su primer cuidado fué que se echase el esquife á la mar : y luego ordenó que en él se fuese trasportando la carga del navío á una isleta ó arrecife de arena que estaba á la vista : por cuyo medio le aligeró, hasta que pudo nadar sobre los bajíos; y sacándole despues al agua, volvió á cobrar la carga, y prosiguió su derrota, habiendo gastado en esta obra los dias de su detencion, y salido de aquel aprieto con tanto crédito como felicidad.

Accidente que detuvo á Hernan Cortés.

Alojóle Pedro de Barba en su misma casa : y fué notable la aclamacion con que le recibió la gente, cuyo número empezó luego á crecer, alistándose por sus soldados algunos vecinos de la Habana, y entre ellos Francisco de Montejo, que fué despues adelantado de Yucatan, Diego de Soto el de Toro, Garci Caro, Juan Sedeño, y otras personas de calidad y acomodadas, que autorizaron la empresa, y ayudaron con sus haciendas al último apresto de la armada. Gastáronse en estas prevenciones algunos dias; pero no sabia

Llega Cortés á la Habana, y le hospeda Pedro de Barba.

Soldados que se alistaron en la Habana.

Prevenciones que se hicieron en la Habana.

Cortés perder el tiempo que se detenia: y así ordenó que se sacase á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los artilleros el alcance de las balas: y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamaban escaupiles, invencion de la necesidad, que aprobó despues la esperiencia, dando á conocer que un poco de algodon flojamente punteado, y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los Indios, porque perdian la fuerza entre la misma flojedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Armas defensivas que llamaban escaupiles.

Al mismo tiempo hacia que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar un escuadron, á dar una carga, y á ocupar un puesto, adestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los bisoños la verdad de la guerra: cuya disciplina, practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los Romanos, que de este ejercicio tomaron el nombre los ejércitos.

Dispone Cortés que se ejerciten los soldados.

Tomaron el nombre los ejércitos del ejercicio.

Al mismo paso y con el mismo fervor se iba caminando en las demas prevenciones; pero cuando estaban todos mas gustosos con la vecindad del dia señalado para la partida, llegó á la Habana Gaspar de Garnica, criado de Diego Velazquez, con nuevos despachos para Pedro de Barba, en que le ordenaba, sin dejarle arbitrio, que quitase luego la armada á Cortés, y le enviase preso con toda seguridad: ponderándole cuan irritado quedaba con Francisco Verdugo, porque le dejó pasar de la Trinidad; y dándole á entender con este enojo lo que aventuraba en no obedecerle con mayor resolucion. Escribió tambien á Diego de Ordaz y á Juan Velazquez de Leon que asistiesen á Pedro de Barba en la ejecucion de esta órden; pero no faltó quien avisase á Cortés con el mismo Garnica de todo lo que pasaba, exhortándole á que mirase por sí; pues el que le hizo el beneficio de fiarle aquella empresa trataba de quitársela con tanto desdoro suyo, y le libraba del riesgo de ingrato, arrojándole violentamente de la obligacion en que le habia puesto.

Gaspar de Garnica viene con nuevas órdenes de Velazquez.

Ordena Velazquez á Pedro de Barba que prenda á Cortés.

Escribe á sus confidentes sobre lo mismo.

CAPITULO XIII.

Resuélvese Hernan Cortés á no dejarse atropellar de Diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion: y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Habana.

Aunque Hernan Cortés era hombre de gran corazon, no pudo dejar de sobresaltarse con esta noticia, que traia de mas sensible todo aquello que tuvo de ménos esperada: porque estaba creyendo que Diego Velazquez se habria dado por satisfecho con lo que le escribieron y aseguraron todos en respuesta de la primera órden que llegó á la villa de la Trinidad. Pero viendo que esta nueva órden venia ya con señales de obstinacion irremediable, empezó á discurrir con ménos templanza en el modo de volver por sí. Considerábase por una parte aplaudido y aclamado de todos los que le seguian; y por otra abatido, y condenado á una prision como delincuente. Reconocia que Diego Velazquez tenia empleado algun dinero en la primera formacion de aquella armada; pero tambien era suya y de sus amigos la mayor parte del gasto, y todo el nervio de la gente. Revolvia en su imaginacion todas las circunstancias de su agravio: y poniendo los ojos en los desaires que habia sufrido hasta entónces, se volvia contra sí, llegando á enojarse con su paciencia: y no sin alguna causa; porque esta virtud se deja irritar y afligir dentro de los límites de la razon; pero en pasando de ellos, declina en bajeza de ánimo, y en falta de sentido. Congojábale tambien el malogro de aquella empresa, que se perderia enteramente si él volviese las espaldas: y sobre todo le apretaba en lo mas vivo del corazon el ver aventurada su honra, cuyos riesgos, en quien sabe lo que vale, tienen el primer lugar en la defensa natural.

Discurre Cortés en volver por su reputacion.

Motivos de su resolucion.

Términos de la paciencia.

Sobre estos discursos, á este tiempo, y con esta irritacion, tomó Hernan Cortés la primera resolucion de romper con Diego Velazquez: de que se convence lo poco que le favoreció Antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia: y no es el autor mas favorable, porque Gonzalo Fernandez de Oviedo asienta que se mantuvo en la dependencia del gobernador Diego Velazquez: hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al emperador de los primeros sucesos de su conquista.

Llega el caso de negar á Diego Velazquez la obediencia.

Fué justa y razonable la resolucion de Cortés.